

V.S.NAIPAUL, O EL COSMOPOLITISMO COMO DETRITUS

Pascal Brucker

La extraterritorialidad del intelectual he ahí la fórmula exacta en esta época de sangre, de tierra, de razas, de masas, de jefes y de patria.

Robert Musil.

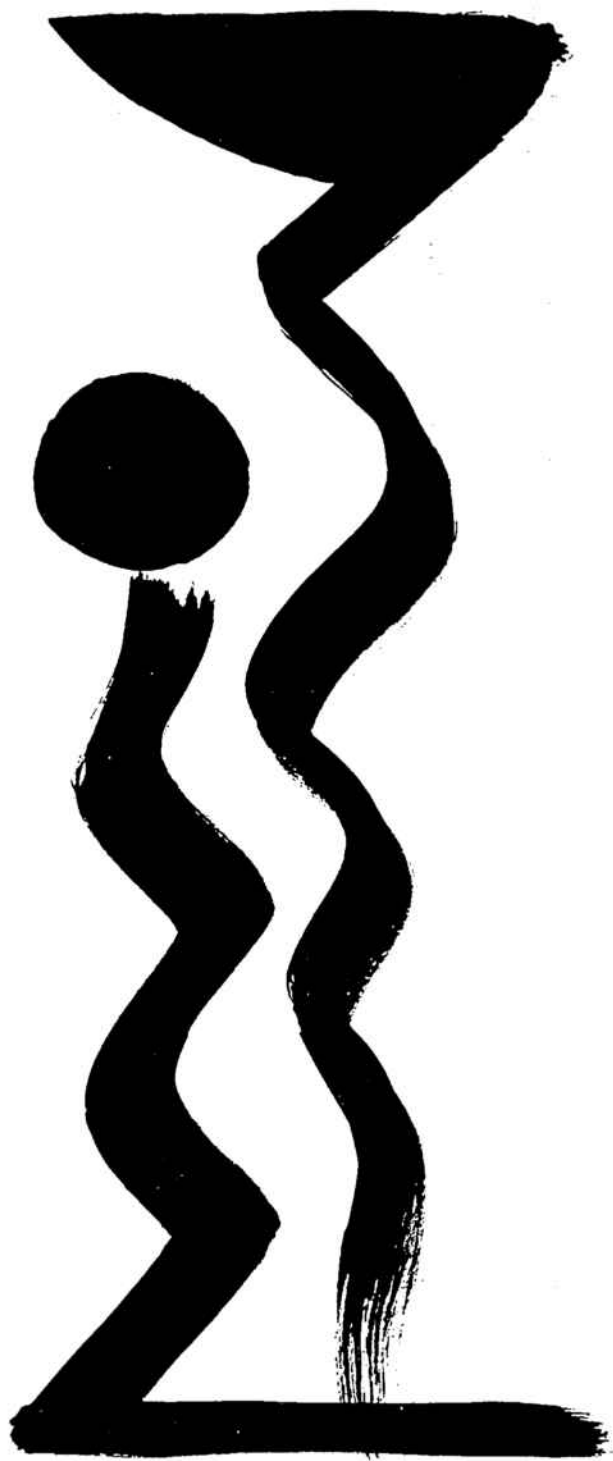
En el pueblo de Prambanan, en el centro de Java, nadie está en condiciones de decir a qué confesión pertenece. Cada cual se considera musulmán, pero incumple un elevado número de reglas islámicas. El hinduismo, religión tradicional, está todavía presente a través de las marionetas, pero los ritos se han olvidado. Y el pueblo debe amoldarse.

al mismo tiempo a la mezquita, a la iglesia, a Krishna, a la diosa del arroz, a los restos del sistema de castas hindú, a la concepción budista del nirvana y a la representación musulmana del paraíso (1).

Aquí, el sincretismo no es el resultado de un armónico matrimonio entre tradiciones, sino el resultado de una historia anárquica: confusión y no-confusión. Prambanan es un objetivo típicamente naipauliano.

La novedad de V.S.Naipaul, indio nacido en Trinidad y residente en Londres, es la de pisotear dos estereotipos complementarios: el del universalismo abstracto, según el cual el museo imaginario de todos los hombres es idéntico; y el del particularismo estéril que pretende plantar a cada uno en el ghetto de sus raíces.

Todo ocurre al revés como si este escritor de síntesis incompletas, al negarse a elegir entre las identidades que le constituyen, rechazase del mismo modo el cruce entre culturas en donde no ve más que erróneas añadiduras, mestizajes imperfectos, cojitranca coaliciones.



El mundo contado por Naipaul no es el de una sociedad orpimida que lucha por obtener su derecho a la expresión; tampoco el habitual itinerario de un hombre a caballo entre dos universos (como en L'aventure ambiguë, de Cheik Hamidou Kane, dividido entre el "Occidente cartesiano" y el "Africa intuitiva"). De la misma manera Naipaul niega a las pertenencias que lo constituyen la cualidad de culturas y declara en consecuencia su imposible unión.

La historia lega a sus actores, y a sus víctimas, el yugo de una herencia en la que no dominan las componentes, y la yuxtaposición de diversas colectividades es una experiencia insoportable para quién la sufre, especialmente en el marco de las Antillas.

El horror de la promiscuidad, de la humanidad unida a pesar suyo por el sistema colonial y esclavista, se explica en Naipaul por su propia situación. Este bastardo que cela en sí mismo una ascendencia compuesta pertenece en efecto a tres mundos diferentes y no se reconoce en ninguno.

Brahmán nacido en la pequeña isla de Trinidad donde coexisten negros, mulatos, blancos e indios, divididos todos ellos según su religión, hindú separado de la India con la que no se reconoce nada en común (2), escritor antillano que escribe en inglés para un público inglés sobre personajes extranjeros (3), experimenta de golpe el parcelamiento de pequeñas comunidades de su estatuto, desprovistas de un pasado común y que se enfrentan, en el marco de un provincialismo eterno, en nombre de un mundo blanco que desconocen.

En este lugar "donde las historias no han sido jamás historias de éxito sino de fracaso", la contigüidad se convierte en el único aspecto de la asociación, y el cosmopolitanismo en la reunión de los fracasos particulares.

También Naipaul, antes de ser el hombre de múltiples fidelidades, va a traicionar de entrada todas las uniones de las que proviene y criticar toda tradición en nombre de otra. Es lo que le permite

observar el Tercer Mundo con los ojos de Occidente, el Caribe con los ojos de la India, la India con los ojos de Inglaterra, el Islam bajo el ángulo del hinduismo, New York bajo el punto de vista de un habitante de Bombay, en un juego de ruptura infinita que toma toda realidad bajo una ficción crítica. Sin embargo, él sabe que las culturas no dialogan voluntariamente, ni consientes conversar entre sí a menos que la historia les furece a ello.

La trata y el colonialismo, con sus desplazamientos masivos de población, provocaron en las Antillas una situación un poco análoga a la confusión de las carats en el hinduismo; el principio de un caos. El nativo de una isla tropical, de uno de estos paradisios exóticos que evocan el cuadro de una prisión dorada, padece la ley de un problema eterno:

Nacer en Isabella, este obscuro transplante del Nuevo Mundo, bárbaro y de segunda mano, era nacer en el desorden,

dice el narrador de los Mimic Men (5). "Ser un indio de Trinidad, es resultar poco probable, estar desprovisto de verosimilitau", exagera Naipaul en una entrevista (6). En lugar de considerarse indígenas, los insulares se sienten náufragos: razas alejadas de su lugar natal, invocando una Madre Patria vaga y lejana, resienten un sentimiento de opresión física parecida a la claustrofobia y aspiran a la fuga:

¡Aire fresco! ¡Evasión! Hacia los dolores más vastos, los hombres más grandes, las tierras más extensas (...). Adiós a este mar omnipotente y mancillado (7).

Lo característico de las islas, es el no ser más que réplicas empobrecidas de las sociedades de dónde vienen. Desde entonces, el Extranjero se convierte en fetiche, en talismán de la vida real: "Allá de donde provenía Oswald (Inglaterra), allá sin duda debía hallarse la vida real", se dijo M. Biswas (8).

A buen seguro el más allá se revelará rápidamente así de engañoso como el aquí presente. Al menos, V.S. Naipaul no cesará de viajar, como modo de honrar una deuda enigmática hacia las condiciones de su infancia y a sus hermanos de juventud. El desarraigo se convertirá en la condición de su talento: al estar toda su carrera centrada en la precariedad de su posición, eligirá la literatura como único centro de gravedad de un ser errante.

Este minoritario que dice pertenecer a una raza intermedia en vías de extinción deberá a su situación de apátrida el poder circular entre todos los continentes. Sin embargo hay en su exilio una ventaja iluminante, pero fugaz: favorece la ubicuidad intelectual, vuelve al hombre honesto sensible a la ambigüedad y a la relatividad de toda situación.

El exilio y la clarividencia son proporcionales a la simpatía recíproca, puesto que el malhumor, una vez ha hecho su elección, puede librar de todos los dogmatismos y cegueras. Porque los "apátridas no están tranquilos (...) y todos los paisajes les son extraños", ya que ninguna causa les pertenece ni pueden aplicarla a nada por mucho tiempo, siendo incapaces de proporcionar verdades conocidas con anterioridad.

No es que sean anémicos, al contrario: las novelas de Naipaul ponen en escena individuos impedidos por una memoria inútil, sobrecargada, atascada, dónde sobre un fondo de tierra americana, impregnada de cultura española, holandesa y francesa, el Africa negra cruza una India mestizada en el marco de una distante colonia británica.

A partir de ésto, la memoria cuando se la invoca para recomponer sus orígenes, recrea la dispersión del mundo; no puede ser nada mejor que un registro de dispersión. Y aunque los grandes novelistas, como dijo el mismo Naipaul refiriéndose a Conrad, no escriben más que "sobre las sociedades altamente organizadas", él se convertirá en etnólogo de las naciones dislocadas, de las half-made societies, de las culturas en vías de desintegración,

todas ellas espejos de su propia turbación. Porque el mundo entero ha contribuido a su formación, él podrá zambullirse una tras otra en las quiméricas imágenes de un revolucionario jamaicano (10), de un mullah iraní, "especie de payaso a medio instruir (11)", de una antillana expatriada en la Costa de Marfil (12) o de un mercader musulmán indio instalado en el Zaire (13), personajes que padecen angustias similares, afrontan dilemas comparables y sufren en diverso grado del mismo extravío.

Los condena, los aprueba, él que en el fondo sabe que podría haber sido uno de ellos; desde entonces otorga a los seres más lejanos a él la atención y la paciencia que normalmente se otorga a los compatriotas. Su método no es del clásico análisis político, sino el de una comprensión desde dentro. Ya esté en Pakistán, en Argentina o en Indonesia, Naipaul escruta siempre las sociedades a través de los individuos, y preferentemente a través de los perdedores, de los desarraigados sin futuro.

Y es que la pequeña isla de Trinidad refleja como un espejo ambiguo la propia estructura misma del mundo entero: la disonancia cultural. Todas las grandes culturas, repelidas por todas las comunidades que componen la isla, están afectadas también por sus rechazos insulares: el retorno a los orígenes es el remontarse hacia un mismo desastre: estos mundos que se daban por absolutos se han convertido en mundos rodeados por otros que van a la par. Naipaul, ve desde el interior y desde el exterior todas las sociedades, descubre en ellas errores que creía reservados únicamente a su isla: balance desastroso de la India, sumida en un inmovilismo letal (14), Africa víctima de los monarcas civiles, la Argentina de Perón, la revolución islámica, etc.

En un continuo vaivés entre los centros y las periferias, Naipaul se convierte en el negativo contemporáneo de todos aquéllos con los cuales no comparte otra cosa que angustias y deriva.

Trinidad se transforma en microcosmos de un universo

reventado. Si en las islas ninguna minoría mantiene una relación entre sí más que en sus insuficiencias, lo mismo ocurre en las metrópolis. Y Naipaul recusa no solamente la riqueza cultural de las sociedades tradicionales, gloriosas tan sólo por los restos de su pasado, sino que niega también a estos grandes impedidos la posibilidad de intercambiar entre sí otra cosa que su debilidad recíproca. Tal es la paradoja del viaje naipauliano: manifiesta una incompatibilidad. Va al encuentro de otras costumbres, de otras leyes, pero para constatar que todas son igualmente débiles, deficientes. Para él, ponerse en contacto con otras gentes, es confirmar su propia postración y no transformarla.

Pocos escritores, en efecto, han hecho tan poco caso de su diferencia. La incertidumbre en que se encuentra respecto de su personalidad le prohíbe celebrar las identidades culturales como otros tantos bastiones desde donde dar lecciones a los otros. Siempre le faltará al reconocimiento de su singularidad el apoyo de una colectividad, de una autoridad externa. De antemano, se da cuenta de que valorizarse en extremo es desvalorizar a los otros, y que el extranjero sólo se convierte en mi prójimo cuando lo más próximo en mí se convierte en extraño. Rastas jamaicanos que veneran un país donde la esclavitud subsiste aún: Etiopía, Arabia Saudí; callejón sin salida del poder negro que, de Jamaica al Zaire, no hace más que oponer un cliché racial a otro, rebajando al resto de la humanidad (16); culto morboso del pasado en la India: idea religiosa más que objeto de una seria investigación (17); no sólo la vuelta del tiempo pasado es imposible (18), sino que las grandes civilizaciones tradicionales son otras tantas prisiones (19), que no ponen a los hombres en situación de afrontar la época de crisis en que nos hallamos. La complacencia en la celebración de celebrar su raza o su cultura negando a las demás, es una manera de enmascarar los problemas y desconocer la realidad (20). Y las jóvenes naciones se agotan en la búsqueda del

enemigo imaginario, y la ausencia de un adversario tangible, conjugada con la necesidad de encontrar un culpable, lo que obliga a no pocos nuevos regímenes a volver su odio contra su propio pueblo:

!Oh Dios, muéstrame el enemigo! Y una vez haya encontrado al enemigo, podré matarlo. Pero estas gentes me inducen a error. ¿Quién me hiere? ¿Dime a quién he de devolver los golpes? (21).

Y es que vivimos una época doblemente inquieta: la gestión cómoda de la herencia ya no es posible, y la síntesis entre culturas lo es aún menos. A la inquina de un pasado colonial reciente a la fascinación-odio por el hombre blanco, al desprecio-solidaridad con los demás colonizados, se añade la trampa de la identidad inencontrable. A partir de esto, ni siquiera puede decirse que se esté alienado, puesto que nada se posee: "comprendí que mi sueño de un país natal y de la seguridad no eran más que el sueño de un aislamiento anacrónico y estúpido, el sueño de un débil", escribe Selim, el personaje central de En un recodo del río, para quien el mundo exterior es un "lugar de espanto". Es en esta novela, que se desarrolla en el Zaire, donde Naipaul plantea con mayor agudeza los problemas del pluralismo cultural; en un poblado adormecido a orillas del gran río, el P. Huismans, sacerdote belga, explica al narrador Selim, musulmán indio, el sentido de la divisa latina de su liceo: Misceri probat populos et foedera jungi (22) ("La mezcla prueba a los pueblos y los ayuda a unirse"). Terrible ironía la de esta divisa de otros pagos separada de su sentido original y grabada sobre un bronce caído, en torno al cual pululan las cabras, las gallinas y los monos enjaulados. Contrariamente a lo que piensa el sacerdote así encarnado, según Naipaul, la Europa colonizadora con sus ambiciones y sus mentiras, el recodo del río, en vez de irradiar civilización, se convierte en lugar geométrico de la incomprensión entre indios, griegos, italianos, franceses, árabes, y sobre todo entre

los mismos africanos, los más divididos de todos. Más tarde cuando el p. Huismans resulta muerto durante una revuelta, Salim escribe:

La idea que se hacía de la civilización estaba en cierto modo ligada a su vanidad. Le había hecho esperar demasiado de la mezcla de pueblos que tenía lugar a orillas de nuestro río, y había pagado con su vida por ello (23).

Los puntos de contacto son siempre puntos de fricción. Y los libros de Naipaul sólo ponen en escena destinos rotos por el desajuste, hombres y mujeres que han participado en el gran trasiego universal, y aún no se han repuesto. Nada ilustra, sin duda, mejor ésto que lo que Naipaul denomina "el romance tenebroso de los matrimonios mixtos" (24). Ya se trate del ministro de una de las islas del Caribe exiliado en Londres, Ralph Singh, que se casa con una inglesa y huye la noche de bodas; o del cocinero indio de Bombay que sigue a su patrón hasta Washington, hace el amor con una criada negra, y va a purificarse de inmediato; el idilio amoroso entre indios y blancos, blancos y negros, negros e indios, e incluso antillanos y africanos, no hace más que exacerbar los malentendidos. Y de todos estos actos fallidos, el que tiene lugar con una mujer blanca es el más doloroso: porque simboliza un mundo peligroso y tentador, el mundo blanco que ha triunfado, cuya libertad asusta, y cuya expansión se traduce siempre por un aumento de la devastación, como lo experimenta Selim después de su breve relación con la francesa Ivette, a la que abandona después de golpearla. Mientras la mayoría de los escritores del Tercer Mundo se complace en presentar a los blancos como intrusos que vienen a perturbar el hermoso orden de las sociedades tradicionales, Naipaul pinta un estado del mundo en el que todas las razas y las etnias, al hacerse vecinas e incrustarse, sienten que las demás sobran y se odian. Ya no se apropia, aunque la comparta, de la protesta colonial tan sólo, puesto que la realidad actual, que es la de la mezcla involuntaria,

le parece mucho más grave. A partir de ésto, el pluralismo cultural oscila entre la sumisión del más débil al más fuerte, como en Martinica, donde se conjugan los perjuicios de la burguesía francesa con las distinciones raciales surgidas de la trata (25), y el fárrago caótico: testimonio de ello es el encabalgamiento de las creencias, de las fiestas religiosas, y de los libros sagrados, entre hindús, musulmanes y cristianos en Trinidad, es decir, de las grandes fes separadas, y de la pérdida de los ritos nacida de la promiscuidad; testimonio es también el catálogo viviente de esa horrrisona pensión de Londres, donde cohabitan un kenia, un fascista inglés, una madre soltera italiana, un estudiante birmano, un judío, un marriquí y un indio caribeño, todos aglutinados como otras tantas muestras de los distintos pueblos y su sordera mútua (26). Y, si la contigüidad, a falta de una real comunión, sigue siendo un mal menor, es porque el concubinato cultural desemboca siempre en un fiasco irrisorio; así, por ejemplo, las pirámides de Egipto, convertidas en letrinas públicas, y donde todos los asnos se llaman "Whisky-soda" (27).

Por supuesto, que resulta vano, cuando no peligroso, sistematizar un pensamiento que se expresa esencialmente por la vía del reportaje y la novela, y que jamás se ha constituido en teoría. Se ha dicho ya con toda justicia: todos los libros de Naipaul, incluso sus investigaciones más objetivas, son sólo los fragmentos de una única,autobiografía que el autor no cesa de escribir. De ahí esa tonalidad tan particular que se desprende cuando el autor, al disertar sobre el Islam, o sobre Africa en realidad resulta no hablar más que de sí mismo.

No me corresponde aquí contradecir o confirmar su punto de vista. Su obra da fe de una experiencia subjetiva, y como tal, resulta irrefutable. Naipaul deja tras de sí un mundo desolado; quita al mesianismo lo que concede a la lucidez, y en el combate por la Razón toma el aspecto de un entierro. Sus libros, donde se agitan los fantasmas y las marionetas, no consiguen amueblar el espíri-

tu, sino que lo vacían y lo decepcionan. El sentimiento de hastío que procura se debe, en mi opinión, a ésto: continúa utilizando modos y vías que la novela europea ha abandonado, las vías de la historia, de la política, del lugar ocupado por el hombre en la historia. Pero, el compromiso no desemboca sobre ninguna escatología, sobre ninguna teología de la esperanza, y no parece tener otra finalidad que la de subrayar la inutilidad de toda acción. Todo ocurre como si Naipaul --y esto merecería un estudio en profundidad-- intentara hacer entrar el ideal (budista o hindú) del renunciamiento en la vida secular; como si quisiera introducir la dimensión del desapego en el compromiso político. Recorre incansablemente el planeta, para encontrar en sus viajes las mejores razones para desvalorizarlo. Muestra todo cuanto lo verdadero no podría dejar de decir cual es. Cronista incansable de los yerros y las errancias del Tercer Mundo, su universo mental aparece viudo de una verdad que ignora, o que tal vez no existe. Semejante tensión entre el quietismo y el activismo peregrinante, no deja otra alternativa a sus críticos que otras críticas aún más ásperas: tantas agitaciones que desembocan siempre en lo mismo "¿Para qué?". Naipaul alterna el viaje-spleen, la deriva sin objeto que pasa con idéntica amargura de un continente a otro, en una suerte de grisura nihilita, con la odisea indagadora, curiosa de los demás hombres, de las demás culturas, por imperfectas o parciales que puedan ser (28).

Se puede cuestionar el pesimismo naipauliano, encontrarlo gratuito, sistemático, o incluso sospechoso de ennegrecer cuanto aborda. Sin embargo, en una época en la que los países llamados del Tercer Mundo, mueren tanto de miseria como de un exceso de fe asesina (fundamentalismos religiosos, egoismos tribales o nacionales), su mirada sin complacencias --o sólo complacida en su propia melancolía-- no puede ser descartada de un plumazo. El odio que Naipaul despierta está hecho a

la medida de los conformismos que revulsiona (29), especialmente, los de la disidencia establecida, los bienpensantes revolucionarios de toda laya. Es notable, a este respecto, que hasta los años recientes, Naipaul haya permanecido inaudible e ilegible en Francia. Su error mayor, para nosotros occidentales, grandes amantes de utopías exóticas, es haber roto el tabú del buen salvaje (incluida su versión socialista), haber depuesto, en el corazón mismo de nuestras ilusiones más queridas, sus temibles máquinas explosivas, hechas de base de humor e ironía. Pues su desesperación es inteligente, y esta escritura, cuya única euforia consiste aparentemente en quitarle hierro a un escepticismo ambiguo. El constante retorno a elementos abominados, la permanente búsqueda de nuevas dictaduras o rebeliones desquiciadas prueba que el autor no considera zanjada la causa, y retorna sin cesar sobre sus demonios:

Viajo para descubrir otras maneras de pensar. Y, si debido a esa aventura intelectual, voy a lugares donde las gentes viven pobremente, ello se debe a que mi curiosidad está aún en parte dominada por mis recuerdos infantiles de Trinidad, que entonces era una colonia. Voy a lugares que, aunque extraños, se hallan en cierto modo ligados a lo que ya conozco... La aventura intelectual es así, en cierto modo, una aventura humana: no puedo desplazarme sino de acuerdo con mis simpatías (30).

Por incómodo que se sienta con lo que ve, se reconoce implicado en la situación, pues refleja aspectos de sí mismo que se niega a rechazar. Portador espontáneo de una experiencia colectiva, su inclinación lo llevará siempre a universos mestizos, hacia sociedades inacabadas, hacia los apátridas de los que él pasa a ser a la vez analista implacable y portavoz emocionado. Y, si por todos lados no discierne sino enfermedades, es porque el escritor, semejante al sabio de la tribu (31), no es más que un enfermo más lúcido, más consciente de su enfermedad. O mejor: hay que leer en ello toda la fuerza de un amor ciertamente decepcionado, pero que no sería tan exigente, si no creyera que la causa estaba ya vista para sentencia. El devasta-

dor aparece capturado por su objeto, apasionado por aquéllo mismo que diseña y demole. Al negarse a buscar un chivo expiatorio cómodo para los infortunios del Tercer Mundo, Naipaul cumple la tarea misma del intelectual, que es propagar por todos lados el pensamiento crítico. Su sensibilidad epidérmica para las mezclas, para las hibridaciones, hace de él el novelista modelo de la confusión postcolonial, el mejor retratista del descolonizado. Su desamparo, donde se conjugan las locuras del presente y sus heridas personales, constituye una propedéutica saludable para los tiempos de desdicha que vivimos.

NOTAS

- 1.- Crépuscule sur l'Islam, Albin Michel, 1981, p. 367 (Trad. castellana: Entre los creyentes, Barcelona, Quarto-Leser, 1983.
- 2.- "En un año...había conseguido darme cuenta de que estaba irremediamente separado de la India, y que no tenía más remedio que vivir emigrado, sin pasado, sin antepasados" (L'Inde sans espoir, Gallimard, 1968, p. 269).
- 3.- The Overcrowded Baracoon, Penguin, 1976, p. 12.

- 4.- Middle Passage, Vintage Books, 1981, p. 41.
- 5.- Mimic Men, Penguin, 1969, p. 55.
- 6.- The Overcrowded..., cit, p. 36.
- 7.- Mimic Men, cit, p. 179.
- 8.- Une maison pour M. Biswas, Gallimard, 1964, p. 532 (Trad. castellana: Una casa para Mr. Biswas, Barcelona, Seix-Barral, 1983).
- 9.- The return of Eva Perón, Vintage, 1974 (Trad. castellana: El regreso de Eva Perón, Barcelona, Seix, 1983).
- 10.- The return..., cit. , pp. 3 y ss.
- 11.- Crepuscule..., cit., p. 64.
- 12.- Sacrifices, Albin Michel, 1984, p. 132-34.
- 13.- A la courbe du fleuve, Albin Michel, 1982 (trad. castellana: Un recodo del río, México, Lesser Press, 1980).
- 14.- "Ningún indio admitirá que la culpa es de la civilización misma, y que el fracaso y las crueldades de la India podrían implicar a todos los indios" (Wounded Civilizations, Penguin, 1974, p. 148).
- 15.- Middle Passage, op. cit., p. 215.
- 16.- The return..., cit., pp. 25-26.
- 17.- Wounded..., cit., p. 149.
- 18.- "Por todas partes las gentes están en movimiento, el mundo está en movimiento, y el pasado sólo puede ser causa del dolor" (A la courbe..., cit., 169.)
- 19.- "Yo no había medido hasta qué punto nuestra civilización había sido para nosotros también una prisión" (ibid., p. 171).
- 20.- "Al aceptar y promover los dudosos valores de raza y color de su grupo, el escritor del Caribe no solamente ha fallado en el diagnóstico de su sociedad, sino que la ha agravado" (Middle Passage, cit., p. 70).
- 21.- Tell me Who to kill In a Free State, Penguin, 1973, p. 1-2.
- 22.- A la courbe..., cit., pp. 77-79.
- 23.- Ibid., p. 100

- 24.- The Mimic Men, cit., p. 50.
- 25.- "Jamás he podido habituarme a oír a los martiniqueses de color decir como ciertos franceses: "¡Maldito judío! ¿Por qué no se irá al ghetto?" (Middle Passage, cit., p. 197).
- 26.- Ibid, p. 58
- 27.- L'Inde sans espoir, cit., p. 11
- 28.- Ver en Sacrifices (cit.), los "Cocodrilos de Yamassouko", donde Naipaul por vez primera reconoce la especificidad de una cultura africana.
- 29.- Algunas de las críticas que suelen dirigirse a Naipaul merecían figurar en un dossier mundial del lenguaje plúmbeo. Entre las muestras más hilarantes, puede leerse, p.e., el artículo de J. Decornoy, en Le Monde Diplomatique, de octubre del 85, "Le regard vide de V.S. Naipaul", mezcla de zdanovismo impenitente y puritanismo sorbonés.
- 30.- Sacrifices, cit., pp. 112-113.
- 31.- "Los escritores deberían hacer de sabios, casi en un sentido tribal del término" (Times, 27,2,78).